"ALMA MATER"

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

E. SÁNCHEZ DE ARROJO



GUADALAJARA, 1916.--
Tipografía de Sucesores
de Antero Concha . . .

"ALMA MATER"

"Alma mater"

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

E. Sánchez de Arrojo



GUADALAJARA
Imprenta y Librería de Sucesores de Antero Concha
—
1916

PERSONAJES

DOÑA ANA, madre de
LUISA.
ANITA, hija de la anterior y lo más niña posible.
JULIA.
CRIADA.
EDUARDO, esposo de Luisa.
BOBY, hermano de Julia.
CARLOS.
DON JUAN.
DON NICOMEDES PALET, tratante en cuadros, catalán.
NOTARIO.
DOS CAMILLEROS, que no hablan.

La escena pasa en Madrid y en la época actual.





ACTO PRIMERO

Attellier de la pintora situado en un torreón en lo alto de la casa o habitación, a la que se desciende por una escalera que se supone detrás de la puerta del foro. Otra lateral derecha que da acceso a un pequeño cuarto. En las paredes bocetos, lienzos, acuarelas. Y distribuídos por la escena maniquíes, caballetes, telas y cuanto constituye un estudio ni muy lujoso, ni demasiado modesto. A la izquierda, cerca del ventanal de cristales, un caballete con un lienzo empezado. Cerca de él, taburete alto de pintor y en una silla próxima la caja de colores, pinceles, paleta y delantal de lienzo doblado en el respaldo. Un poco más allá otro caballete mayor, y al lado, en un jarrón chino, pinceles grandes. En el suelo otra caja de pinturas y sobre ella otra paleta sin limpiar, con pinceles, etc. Enfrente, una mesita con un cestillo de labor y al lado una butaca que al levantarse el telón ocupa doña Ana, mientras el Notario, con impertinentes, o simplemente anteojos, examina los cuadros.

ESCENA PRIMERA

D.ª ANA y NOTARIO.

NOTARIO ¡Encantado, doña Ana! Desde que no he subido a este torreón, Luisita ha adelantado mucho. Este estudio de cabeza es precioso.

D.ª ANA Sí; Ferrant, su venerable maestro, está orgulloso de ella, y el otro día, en el Museo, oyó mi hija grandes elogios de labios de una amable princesa que es muy inteligente.

NOTARIO ¿Y vende algo?

D.ª ANA Poco aún. No ha expuesto y...

NOTARIO Usted ha sido una madre previsora. No pudiendo pasar a Luisa, el día que usted falte, la pensión de su padre, mientras viva el marido, obró V. cuerdamente dándole en la pintura, ya que para ello tiene singular aptitud, medios de asegurar su pan y el de su hija con algo más lucrativo que la aguja, honrado, pero pobre auxiliar de la mujer, y a usted deberá Luisa el porvenir que su arte le abrirá.

D.ª ANA ¡Triste porvenir el suyo, por mucho que lo abrillante el arte! Joven, hermosa, abandonada del que debiera ser su apoyo, el día que yo muera y la falten mi consejo y mi sombra, ¡cuántos peligros la van a rodear!

NOTARIO Ella sabrá vencerlos. Es formal, seria y virtuosa como su santa madre.

D.ª ANA Pero la vida tiene terribles exigencias y su inexperiencia la expondrá más a ellas, y acaso la mayor exigencia de un joven corazón es el amor, que a mi hija tan joven, tan hermosa, tan fuerte... está vedado.

NOTARIO Pero tiene el de usted y el de su hija y a ellos se acogerá.

D.ª ANA ¡Ay, amigo del alma! Los amores a los cuales se acoge el corazón, como se acoge un barco a la ensenada de refugio en día de tormenta, son como los cohetes disparados de día: se siente su estallido, pero no se les ve desgranar, como lluvia de oro, rubíes y esmeraldas.

NOTARIO Ustedes tienen otras ensenadas a las cuales se acogen... ¡resignación, trabajo, religión!... Algo más puede intranquilizarla para lo porvenir la parte material de la vida, mientras Luisa no se haga un nombre en el mundo del arte.

D.ª ANA Mientras yo viva no existe ese problema. Con mi pensión y mi pequeña renta, vivimos modestamente, pero con paz y dignidad, y gracias al orden y economía con que llevamos nuestros gastos, aún puede Luisa hacer los necesarios para perfeccionarse en su arte. Todo esto me cuesta muchas preocupaciones, porque no hay ha-

cienda más complicada que la de un país pobre. ¡Donde no hay que contar, la cuenta es muy difícil!

NOTARIO Ustedes han hecho mal en no arreglar las cosas judicialmente..., reclamar alimentos al marido...

D.ª ANA ¿Alimentos..? ¡Jamás! El dinero de ese hombre quemaría nuestras manos. No quiero que mi hija le deba más que su desgracia. Con el pequeño capital que mis economías y privaciones amasaron, y lo que gane con sus pinceles cuando termine su educación artística, estarán a cubierto de la miseria la hija y la nieta del general Lamarca.

NOTARIO Pero de ese pequeño capital no podrá Luisa disponer el día que usted falte, sin la autorización de su marido, no estando separada judicialmente.

D.ª ANA Cierto. Pensando en ello he molestado a usted hoy, a fin de darle instrucciones sobre mi testamento, que si puede hacerse en la forma que se me ha ocurrido, creo pondrá a mi Luisa a cubierto de la voracidad de su marido, si algún día se arruina y piensa en mis ochavos, que ahora son para él una gota en el mar.

NOTARIO Hace usted bien, D.ª Ana. Esas cosas deben hacerse siempre en plena salud.

D.ª ANA No tan plena, por desgracia. La salud, que es la unidad que da valor a todos los ceros de la vida, hace tiempo me falta. Mi mal del corazón avanza y esta fatiga y la hinchazón de mis piernas lo acreditan. Ellas me han privado hoy del placer de asistir a la Primera Comunión de mi nietecilla.

NOTARIO ¡Ah! ¿Conque la pequeña?...

D.ª ANA Sí, señor; hoy es para ella el gran día.

NOTARIO Y su padre, ¿lo sabe?

D.ª ANA Mi hija se creyó en el deber de avisarle y le envió un recordatorio. La nena se enteró no sé cómo, y daba pena, mientras su madre la vestía, oirla a cada paso decir: «Mamá, ¿vendrá papá? ¿Le veré hoy?».

NOTARIO ¡Quién sabe!

D.ª ANA No hay que pensar en eso. No se ocupa

para nada de su mujer ni de la pobre nena. Dilapidando su fortuna entre gente alegre, creo que vive con una cupletista, que juega y que está a punto de arruinarse.

ESCENA II

DICHOS, UNA CRIADA y después JULIA.

CRIADA — Señora: la señorita del piso principal dice que si puede subir.

D.ª ANA — (Contrariada) Sí... está bien. ¡Cuando guste! (Sale la criada) ¡Conocimientos de vecindad... y muy desagradables para mí! Una bala perdida, frívola, insustancial, ligera..., que todo lo atropella, incluso nuestro idioma. No concibe la vida más que en francés, y se hace traer de París hasta el agua de Loeches. Padece elegantiasis, siempre hablando de modas... pero ¡con unos modos!... Yo quisiera evitar a mi Luisa su trato, pero se ha empeñado en que la enseñe a pintar flores y como en mi último ataque se portó tan bien como vecina, sin pasar por ingrata... no puedo... Y desde entonces... ¡nada! Imposible quitarnos esa mosca de encima.

JULIA — (Desde fuera, por el foro) ¿Se puede?

D.ª ANA — ¡Adelante! (Al Notario) Ni una palabra de nuestro asunto ahora.

JULIA — (Entrando) *Bonjour madame*, ¿cómo va ese valor?

D.ª ANA — Como siempre, o un poquito peor... ¡Mi notario y amigo! (Presentándoles) ¡La señora de Páez!

NOTARIO — ¡Señora!..

JULIA — *¡Enchantée!*

(Se saludan con una inclinación de cabeza. Julia ocupa la silla que la cede el Notario.)

D.ª ANA — ¿Y el señor Páez?

JULIA — Bien. Me figuro que estará en el Casino. No ha vuelto desde anoche. ¿Y Luisa? ¿En la Iglesia *n'est pas?*

D.ª ANA — Con nuestra nena, sí.

JULIA — Yo he sentido muchísimo no ir, pero... me acosté tarde... Fuimos al Real, donde nos aburrimos en familia. ¡Oh, es una compañía *pour l'Espagne et le Maroc!*... Luego, al baile de la Embajada... *On ne peut plus comme il faut*... A mí me prueba mal el madrugar... y luego nuestra nena está maluchа... ¡qué fastidio! Es por eso que no ha subido a ver a su amiguita.

D.ª ANA — ¿Y qué tiene?

JULIA — (Indiferente y frívola) No sé... algo de enfriamiento... *la rumme*... Nada importante. Esta noche sí que dejará usted venir a Luisa a nuestro palco. *Je compte sur elle*... ¡Jueves de moda!... Es por eso que yo vengo a pedirle...

D.ª ANA — ¡Oh, no; menos que nunca! Si Luisa, por su especial situación, vive alejada de toda fiesta mundana, en el día de hoy se debe más a la tranquila quietud de nuestra casa

ESCENA III

DICHOS y DON NICOMEDES.

D. NIC. — (Desde fuera) ¡No anunsie! Si yo soy de confiansa. (Entrando) ¡Buenos díes!

D.ª ANA — ¡Felices, señor don Nicomedes! ¿Qué le trae por aquí tan de mañana?

D. NIC. — Venía a ver el cuadro. Luisa me dijo que para hoy estaría, y aunque se pasarán dos o tres días antes de barnisarle, deseaba ver...

D.ª ANA — Faltan aún dos o tres pinceladas. Julia me hará el favor de enseñárselo a usted mientras viene mi hija, que ya estará al llegar, y entretanto, con permiso de ustedes, bajo con mi notario a poner una firma en unos papelotes.

D. NIC. — Usted es muy dueña.

(Sale D.ª Ana por el foro, andando con algún trabajo, apoyada en el brazo del Notario.)

ESCENA IV

JULIA y DON NICOMEDES.

JULIA — ¿Quiere usted ver el cuadro? (Mostrando el caballete.)

D. NIC. — No. Prefiero esperar a Luisita... si no molesto a usted. No tengo prisa.

JULIA — ¿A mí? De ningún modo (Se sienta en el segundo caballete, disponiéndose a pintar.) ¡Si usted me lo permite!..

D. NIC. — ¡No faltaba más! Pinte, pinte. Yo soy de confianse. (Se acerca) Son lindas esas flores.

JULIA — No está más que manchado.

D NIC. — Pero hay soltura. Están bien agrupadas... Resultará bonito.

JULIA — ¿Usted cree?

ESCENA V

DICHOS, D. JUAN y CARLOS, que entran por el foro.

D. JUAN — (Entrando) ¿Qué? ¿no están las señoras de la casa? ¿Cómo está usted, Julita?

JULIA — Bien gracias (saludando) ¿Y usted, Carlos? Doña Ana está allá abajo, con el Notario.

D. JUAN — ¿Ya hace testamento? pero.... ¿tiene de qué?

JULIA — De sus rarezas, que Dios nos libre de que se heredaran.

D. JUAN — Si así fuera no habría muchos pleitos por ellas.

JULIA — No, no. Yo no disputaría esa herencia. ¡Es mucha señora esta! *Elle m'agace*, tan severa, tan indigesta.... *m'embete*, *oui*.

D. NIC. — Es un cuadro de *Valasques*, debió ser muy hermosa en su tiempo.

JULIA — ¿Y sería tan rígida como hoy?

CARLOS — Todo ha sido en doña Ana bueno y noble. De sus actos, de sus palabras, hasta de sus ademanes se exhala la bondad como el per-

fume de las flores. Quiso al General, su marido, con un amor que envejeció como los árboles, que se hermosean y vigorizan con los años y al enviudar reconcentró toda la ternura de su alma en su hija, fiel espejo de sus virtudes.

JULIA Pero no de sus beaterías. Su madre la tiene secuestrada. *C'est assomant*, pero creo que hace como los bomberos, que cuando arde la casa tratan de salvar a los vecinos, aunque los vecinos no quieran salvarse. *C'est drole.*

CARLOS ¡Como es su situación tan delicada!

JULIA ¿Y qué tiene que ver su situación? ¿Se va a morir por eso metida en un rincón? Esa señora quiere que Luisa lleve el luto a su marido vivo con tal rigor, que tome el café puro, no toque al piano más que marchas fúnebres, y si se la ocurre jugar al dominó lo haga con las fichas vueltas del revés, para que no se vea más que lo negro. *C'est drole.*

D. JUAN ¡Já, já! Tiene razón Julita ¿qué culpa tiene Luisa de que el marido?....

JULIA Yo no digo que ella hiciera lo mismo..... aunque lo merecía..... pero un sencillo *flirt*. Nada de adulterio, que es cosa trágica, duelo a muerte, pero ¿el flirt? simple asalto a florete que la mujer termina cuando quiere? Y acaso si Luisita emplease ese arma atrajese al marido, que así está bien seguro de encontrarla *sans tache,* cuando se canse de batallar y le ocurra acogerse a cuarteles de invierno.

D. JUAN Pero el arma a que V. alude es de dos filos, y acaso....

JULIA ¿Sería usted el que se lamentase de que Luisa se hiriese?... ¡Y yo que creí que usted alimentaba una ilusión!....

D. JUAN Acaso la alimente, Julita, (sonriendo) pero puedo jurarla que no engorda demasiado.

JULIA ¿Y usted qué dice de esto, D. Nicomedes?

D. NIC. Yo nada. Escucho a ustedes atentamente.

JULIA No lo dudo. Los comerciantes suelen ustedes ser un poco avaros y ni aun aten-

ción prestan sin interés. Es por eso que no creo en la *desinteresada* largueza con que persigue usted los cuadros de Luisita, cuyo mérito no niego, pero que no tendrían tanto para usted si no les añadiese los muchos que adornan a su autora; ¿verdad, Carlos?

CARLOS ¡Oh, yo no creo!.... Luisita es una estatua.

JULIA ¡Mi querido pintor!.... No olvide usted el caso de Galatea. Lo será hasta que encuentre un Pigmalion.

CARLOS Con su arte y el amor de su madre y de su hija, Luisa vive tranquila y es feliz.

JULIA Como el pez en el agua..... cuando no hay pescadores. Y aquí abundan. *C'estvray.* Al único que veo sin caña y sin anzuelo es a usted, Carlos; y aunque dicen que el amor y el arte son hermanos gemelos, y que un pintor tiene siempre en su estudio a Venus en un trono, con el chico en su falda y la cuerda en el arco tirante, a usted le veo siempre discreto, morigerado, calladito..... El silencio no es un buen edecan. Dice un proverbio rumano: «a los hombres por los ojos, a la mujer, por los oídos.»

D. JUAN Nuestro amigo Carlos no debe perder su tiempo en galanteos. Se debe al arte, si ha de crearse un nombre.

JULIA ¡Buen modo de pasar la juventud! El amor es espuma de *champagne.* Si no se bebe a tiempo... ¡ffhs! (imitando un cohete) *s'envole.*

ESCENA VI

DICHOS y BOBY, que entra con un gran ramo de flores.

BOBY *Bonjour, mes amis.*

TODOS Buenos días.

JULIA ¿Qué es esto? ¡tú también!... *¡Tu aussi* Boby!.....

BOBY Yo también ¿qué? hermanita, no seas maliciosa. ¿O es que no puedo yo obsequiar a la nena de nuestra encantadora vecina con un ramo de flores el día de su primera Comunión?

JULIA Mira, mejor sería que estudiases.

BOBY ¡Estudiar en España! ¿con este sistema de enseñanza tan poco práctico? Si al menos enseñasen las partidas y el Código con proyecciones... ¡vaya! pero así... ¡infecto, infecto!

D. NIC. Según eso este pollo estudia leyes...

JULIA Cá, no señor. ¡Si es muy inconsecuente! Ha empezado no se cuántas carreras. Primero, astronomía. Pero en vez de contemplar los astros, se distrajo con unas sastras y.... lo que dice papá, se gasta un dineral, sin...

BOBY Eres muy egoista. Papá no regatea nada a tus gastos, ni a los de tu marido, y conmigo...

JULIA ¡Mis gastos! Solo lo indispensable para vivir con lujo.

BOBY Bueno. Pues yo con otro tanto me contento y para eso no hace falta saber cuáles son las costumbres de los Partos, ni las de los abortos, cuántas mujeres tuvo Leovigildo, ni a qué edad hincó el pico Recaredo.

D. JUAN Boby tiene razón.

BOBY Pues... ¿y las matemáticas?... ¿Para qué quiero yo las matemáticas? ¿voy a guiar mi *pitter* por medio de ecuaciones de 2.º grado?

JULIA No las necesitaste el mes pasado para meter el auto en una cacharrería, que aún estarán recogiendo los tiestos.

BOBY Un mal virage... A cualquiera le ocurre. Yo marcho en mi H. P. a 50 kilómetros por hora, aunque sea por la Vía Láctea, y paro en seco, hasta en día de lluvia, pero aquel día iba de más cargado,... con dos socios del Casino.... y dos socias de los socios y... me distraje. Pero no te apures, no volverá a ocurrir. Ahora voy a poner de moda las borricadas.

D. NIC. ¿De veras?

BOBY Sí, señor. ¡La excursión en borricos! Desde Adán a Romanones, los hombres no han hecho más que borricadas. Borricadas nacionales, populares... y ahora...

D. JUAN Sí; borricadas deportivas. ¡Qué afición al *sport!*

BOBY Ca, no señor. ¡Yo no! con el sistema restrictivo de papá, asesorado por mi hermana Julieta, el único deporte que me permito ahora, es el Alpinismo. No hay semana que no haga un viajecito al Monte de Piedad... ¡víctima del deber!... Como que estoy plagado de acreedores.

JULIA Pues estudia, trabaja. Créate un porvenir, una carrera.

BOBY Si ya la tengo, tonta. ¡Soltero! papel cotizable, recluta disponible a la disposición de las empresas.

JULIA Dispuesto a practicar la memo-cracia, digo, la yerno-cracia.

CARLOS No, Julita. Boby reserva a ustedes una sorpresa magna. ¡Boby es autor-dramático!

JULIA ¡Ave María Purísima!

D. JUAN El teatro es deporte también y para eso no hace falta estudiar.

BOBY ¡Claro que no!

D. JUAN Basta rodar un poco por el mundo.

BOBY Pues lo que es yo rodar... ¡bien he rodado! ¡hasta escaleras, hombre!

D. NIC. ¿Y qué género?...

BOBY Un drama... ¡por supuesto! «Los doce pares de Francia».

JULIA Sí, hijo, sí, ¡por docenas! Doce pares y el público que te dirá que nones.

BOBY Ca, hermanita. Para eso son los amigos del autor y los de los amigos del amigo o amiga del autor.

ESCENA VII

DICHOS, D.ª ANA y CRIADA, por el foro.

D.ª ANA (entra apoyada en la criada, que la deja sentada en el sillón y se retira) ¡Oh, señores! ¡qué favorecida mi casa tan temprano! ¡pleno cónclave!

D. JUAN (saludándola) A dar a usted la enhorabuena y un beso a la pequeña.

D.ª ANA — Yo creía que irían a la iglesia (se sienta y la criada se retira)

D. JUAN — (acercándose) Y esos males ¿cómo van?

D.ª ANA — ¡Como siempre! Las casas viejas somos todo goteras. Pero usted se defiende. «¡La guardia muere, pero no se rinde!»

D. JUAN — (un poco amostazado) Sí, no estoy mal (aparte) ¡Diablo de vieja!

D.ª ANA — ¿Y usted, Carlitos? ¿Pinta, pinta mucho?

CARLOS — Regular.

D.ª ANA — ¿No va usted a presentar nada este año?

CARLOS — Acaso..... tengo un lienzo..... No se si acabaré.

D.ª ANA — (riendo) Nó, si pinta usted tanto como estos días, no lo creo hacedero.

CARLOS — En efecto, vengo aquí y emperezo.

D.ª ANA — Pues no hay que emperezar. Tiene usted porvenir y debe usted encerrarse en su estudio. Trabajar..... ¡trabajar sin descanso!.... (escuchando) ¡Oh, ya están aquí! Oigo la voz de Anita.

JULIA — ¡Oh la *grande mere!* ¡Cómo se reanima! ¡Cómo brillan sus ojos!

D.ª ANA — Sí, mi nieta es el rayo de sol que hace brillar hasta los átomos de polvo.

ESCENA VIII

DICHOS, LUISA y ANITA. Esta lo más niña posible y en traje de primera Comunión.

ANITA — ¡Abuelitina, rica! (corriendo a abrazarla)

D.ª ANA — ¡Nena mía, preciosa! (la besa)

LUISA — (saludando al entrar) Buenos días, señores. (coge el ramo que Boby la presenta) Gracias, Boby. ¡Qué lindísimas flores! ¿Y usted, Julia? ¿y su niña?

JULIA — No ha podido subir. No está muy buena. La de usted está preciosa. *Vién ici mon petit ange* (a la niña) Dame un beso (la besa)

CARLOS — Y a nosotros también (se acercan)

ANITA — No, besos no.... ¡me arrugaréis el velo! Además que ya soy mayorcita ¿verdad? y a

las mayores no se las besa ya. Me dais la mano como a mamá y a la abuelita.

D. JUAN Bueno. La mano y este recuerdo de tu primera Comunión. (saca un estuche y se lo da)

ANITA (abriéndole) ¡Ay mamá, qué precioso! ¡qué medalla tan linda! ¡y con brillantes! ¡qué gordos y qué claros! mira abuelita, mira.

D.ª ANA (tomando el estuche) ¡Y con una Purísima muy bella!

ANITA ¿Me la pongo, abuelita?

D.ª ANA (cierra el estuche) No, hija mía. Es preciso bendecirla primero. Yo te la guardaré. (la mete en el bolsillo de la bata)

LUISA (a D. Juan) ¿Pero por qué se ha molestado?

D. JUAN Es una pequeñez, un recuerdo de mi afecto.

CARLOS (sacando una bombonera) Anita, ahora sí que creo que ya eres mayorcita; ¡te gustan más las joyas que los dulces!

ANITA (palmoteando) ¡Ay, qué tonto! Mis bombones de siempre. Pues poco que me gustan ¡ya lo sabes!

CARLOS Estos no son como otros.

ANITA Y es verdad. (tomando uno y poniéndoselo en la boca. Luego ofrece la caja a todos hasta llegar a Carlos el último) Mira, abuelita, mira qué bombones tan ricos.

JULIA *Merci, mon petit chat.*

D. NIC No. Yo no como esas garruferies. Conque Luisita, usted dirá qué hasemos con el lienşo.

LUISA (Dirigiéndose al caballete y mostrándoselo) Faltan solo dos pinceladas. Vea usted (Mientras todos, menos Carlos, rodean el caballete, Luisa, que ya antes se quitó el velo y los guantes, toma el delantal que hay en el respaldo de la silla y se lo pone.)

D. JUAN Es precioso. Vale cualquier dinero.

D. NIC. Yo no lo regateo. La linda boca de Luisita es medida.

JULIA *C'est exquis.* Mas yo creo que debes dedicarte a otro género. *Sans* ça, ma belle, *tu est fichu.* Los cuadros religiosos ya no se venden. *C'est du vieux jeu.*

D. JUAN Sí, ahora cuadros de género.

JULIA *Oui*, de cierto género. *Il faut etre de son temps.*

BOBY *Le mauvais genre est a l'ordre du jour.*

ANITA (A Carlos) ¿Estás triste porque no te he besado? A tí te quiero mucho. (Acercándose y muy bajito, pero no tanto que no la oiga la abuela que está próxima) Puedes besar mi mano ¿sabes? (Alargándosela con inocente gracia) como besaste la de mamá aquél día, cuando se le cayeron los pinceles y tú los recogiste, ¿te acuerdas?.

JULIA (Viniendo hacia la niña) Tu amiguita desea verte así, *jou-jou.* Pídele a tu abuelita permiso para bajar conmigo.

ANITA Abuelita, ¿me dejas bajar a que me vea guapa Josefina?

D.ª ANA Te dejo que vayas a acompañarla un rato, porque está enfermita, y a llevarla de tus bombones.

JULIA Mil gracias y *au revoir.*

D. NIC. Yo también salgo con ustedes. Hasta mañana, Luisa. (Despidiéndose) Adiós, señores.

BOBY Desfile general. Enhorabuena, Luisa. (A doña Ana) A sus pies.

LUISA Hasta luego.

ESCENA IX

D.ª ANA, LUISA, CARLOS y D. JUAN (Luisa pintando)

CARLOS (Acercándose a Luisa) Mucho ha adelantado usted desde ayer,

LUISA Pero no estoy contenta. Estas telas no acaban de llenarme.

CARLOS Ha puesto usted pocas sombras aquí (La toma un pincel, dá algunos toques y siguen hablando bajo y pintando.)

D.ª ANA Venga usted aquí, D. Juan, a mi lado. No huya de la vejez. (Sonriendo.)

D. JUAN Si ya sé que aunque huya me ha de coger de lleno.

D.ª ANA (Lo mismo) ¡Aún no confiesa que le tiene cogido! ¿Hasta cuándo D. Juan, será Don Juan? Y ahora que estamos solos, porque los artistas solo tienen sentidos para su

arte, le ruego me permita devolverle el obsequio que tan galantemente hizo a mi nietecilla... (Saca el estuche y se lo dá.)

D JUAN (Sin tomarlo) ¡D.ª Ana! ¿qué motivo?...

D.ª ANA La falta de costumbre de aceptar obsequios tan valiosos de persona que no nos está unida con lazos de cercano parentesco.

D. JUAN Pero... mi amistad... mi admiración por Luisa...

D.ª ANA Admiración que acepto agradecida, mientras sea platónica, pero que no tolero se exteriorice, ni en esta, ni en otra forma.

D. JUAN Pero... por esta sola vez...

D.ª ANA No insista usted si quiere conservar la amistad que hace poco invocó.

D. JUAN Perdone usted... nunca creí... (Toma el estuche y lo guarda en el bolsillo, levantándose.)

D.ª ANA ¡Luisa! D. Juan nos deja. Y usted, Carlos ¿se retira también?

CARLOS (Algo confuso) Yo... no... si... ¡sí, señora! Me estaba... me estaba despidiendo de Luisa. ¡Hasta mañana! ¿Irá usted al Museo?

D.ª ANA (Rápida) ¡No! Ha terminado ya de copiar allí. Tiene aquí ahora mucho que hacer.

D. JUAN A los pies de usted, Luisa. ¡Adiós, señora!

LUISA (Dando a los dos la mano) Adiós.

CARLOS Adiós, D.ª Ana. (Salen por el foro D. Juan y Carlos.)

ESCENA X

D.ª ANA y LUISA, que sigue pintando muy confusa.

(Pausa.)

D.ª ANA Luisa, hija mía, ¿quieres colocarme bien el almohadón?

LUISA (Acude presurosa) ¿Te sientes mal, mamá?

D.ª ANA No; un poco de fatiga. (Luisa la arregla y se sienta a sus pies en un taburete o silla baja. Doña Ana la acaricia.) No quisiera morir, hija del alma. Eres muy inocente y tengo miedo de tu inexperiencia.

LUISA ¿Quién habla de morir? ¿Por qué te preocup as, mamaíta?

D.ª ANA Por tí sólo, hija mía. El arte, del que depende tu porvenir y el de nuestra pequeña, te obliga al trato con hombres. Eres bella...., te saben desgraciada, y el hombre casi siempre trata de aprovecharse de tales circunstancias para satisfacer su afán piratesco *de botín.* Y ese botín, mi Luisa, es oro de honra, perlas de lágrimas y rubíes de futuras vergüenzas que enrojecen las frentes de los hijos. ¡Mírame!... Así, en los ojos... con tu mirada pura, inmaculada... como la de nuestra nena en este día de su Primera Comunión... ¡Hija mía! ¡No! Tú no robarás nunca a tu hija inocente el tesoro de esa pureza. De tí podrá siempre decir como tú dices con santo orgullo: ¡mi santa madre!

LUISA Pero, ¿por qué me dices eso, mamaíta? ¿Qué temes?

D.ª ANA Temo tu propio corazón, temo tu juventud, temo el ansia de amor tan natural en alma de mujer, y hasta temo tu arte, ese arte que te he dado como un escudo para defender tu vida y la de tu hija, pero que acaso pueda hacer de Galeoto que te empuje al abismo. Un gran autor ha dicho que el arte ha sido siempre gran conductor del fluido amoroso... y ese fluido es veneno mortal en tus actuales circunstancias, hija mia. La razón es el ginete que refrena el corcel de las pasiones. Oye, Luisa, mi voz, la voz de la razón. No olvides que la felicidad está en poner el corazón al lado del deber, y tu deber de hoy, pobre hija mía, es renunciar a esa felicidad.

LUISA ¡Triste cosa el deber a palo seco!

D.ª ANA (Severa) Cuanto más penoso el deber, más fuertes nosotras para cumplirlo. (Sonriendo con dulzura) ¿Quién ha dicho que es triste? No, hija mía. El deber, como la luna de las noches de invierno, echa sobre lo triste y lo vulgar un rayo de su luz y a un charco lo convierte en espejo, y a un vidrio tirado

en la basura, en diamante. Si la desgracia que se soporta no es merecida, no se puede llamar verdadera desgracia. ¡Alta la frente, con la vista en el cielo, se lleva bien la cruz! La virtud supone lucha, que la virtud de la fuerza y la fuerza de la virtud se adquieren luchando. Y el espíritu que se siente, en la prueba, engrandecido, con la satisfacción que siente de sí mismo, gusta una especie de felicidad.

LUISA ¡Oh, madre mía! ¡Bendita seas tú que así me alientas! Por tremenda que sea la batalla, eres mi escudo tú y nada hay que temer.

D.ª ANA Es verdad. Vivo yo, te refugias en mí, vienes a mi regazo como ahora, como cuando eras niña, mi Luisita, pero... ¡cuando te falte! ¿Quién te defenderá?

LUISA No temas, madre mía. Cuando se nace honrada, no es cosa fácil dejar de serlo. El amor de mi nena y tu recuerdo me darán fuerzas para resistir siempre... ¡por mucho que me cueste! ¡Tienes razón! Mi corazón traidor es tal vez mi mayor enemigo. (Oculta el rostro en las rodillas de D.ª Ana y llora.)

D.ª ANA ¡Pobre hija mía! Vive en guardia. Todo incendio empieza por una chispa, y el límite entre el bien y el mal no siempre es susceptible de apreciarse. Evita los primeros ataques del amor, que se enmascara a veces de gratitud, de amistad. Es traidor, se insinúa blandamente, y si esperas a que hable claro... ya no podrás huir, y en estas luchas la huída es siempre honrosa, huir es de valientes y el sólo medio de vencer.

LUISA ¡Huir... huir! ¡Qué difícil!

ESCENA XI

DICHAS y ANITA.

ANITA (Entrando) ¡Abuelita! ¡Mamá! (Luisa, al oir a su hija, levanta la cabeza, pero sin abandonar su postura.)

¡Cuantas cosas os traigo! (*Mete la cabecita por encima del hombro de D.ª Ana y derrama en su falda y sobre la cabeza de Luisa, flores y bombones, abrazando a las dos a un tiempo de suerte que cubra un poco a Luisa con su gran velo blanco. Grupo que al bajarse el telón haga ver al público, simbolizados en la abuela y la nieta, los ángeles de guarda de Luisa.*)

(*Telón.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Decoración de comedor. Puerta al foro y laterales, una de las cuales se supone da acceso a la escalera del torreón.

ESCENA PRIMERA

La CRIADA y D. JUAN. Entran por el foro.

D. JUAN — ¿No está la señorita?

CRIADA — No señor. Salió con doña Julia, la señorita del piso principal.

D. JUAN — Sentiría que me encontrase aquí.

CRIADA — No. Ya puede el señor estar tranquilo. Las oí decir que iban a la exposición. ¡Hay para rato!

D. JUAN — ¿Y.... cómo sigue?

CRIADA — Mal. Es decir..... de salud ya está bien. Después de la desgracia pasó días muy malos, con no sé cuántos gramos de calentura, pero al fin se tranquilizó y ahora.... está ya tan famosa, pero, lo que es de aquí..... (moviendo los dedos como quien cuenta dinero) cada día peor. Ya no nos queda ní una sola alhaja que vender o empeñar. Hoy, hecha un mar de lágrimas, me ha dado esta cadena, que creo la llevaba la señora.....

D. JUAN — Tráela; ya sabes lo que te tengo dicho. No vendas, ni aún empeñes a ser posible, nada. ¿Cuánto crees te darían por esto?

CRIADA ¡Qué se yo! Todo lo más seis duros.

D. JUAN Toma diez (la da un billete) y esos dos (se los dá) para tí y que la señorita no sepa nada ¿eh?

CRIADA Está bien. ¡Ay señor! ¡qué bueno es el señor!

D. JUAN Oye. El señorito Carlos ¿viene mucho?

CRIADA No, señor. Desde que se murió la señora, Dios la tenga en descanso, no ha vuelto por aquí.

D. JUAN ¿De veras?.... De modo que el cuadro que ha pintado....

CRIADA ¿Qué cuadro?

D. JUAN Nada, nada.... ¡Cosa más rara!.... ¿Llaman?

CRIADA No se asuste el señor. Este es seguramente el señorito del piso principal.

D. JUAN ¿El señorito Boby?.... Mira, prefiero que no me vea ¿sabes?

CRIADA Pues venga por aquí, señor. (llevándole hacia una lateral) Puede el señor subir al torreón y desde allí bajar por la escalera principal. Aquella puerta no la cerramos nunca con llave.

D. JUAN Sí, sí, ya sé el camino (Sale y mientras se oye llamar de nuevo y va a abrir la criada)

ESCENA II

BOBY y la CRIADA.

BOBY (entrando y detrás de él la criada) ¿Qué? ¿te habías dormido?

CRIADA No, señorito. Estaba limpiando en el torreón... ¡El señorito viene siempre provisto!

BOBY (dejando unos paquetillos sobre el aparador) ¡Phs... unas friolerillas para la nena ¿sabes? Yo quisiera traerlas pechugas de ave fénix, hechas en cacerolas de ámbar gris, sazonadas con esencia de rosa y ambrosía y servidas en platillos de ópalo y lapislázuli.... pero, ¡me tienen a ración! ¡Esto es infecto, infecto! Mis bolsillos... (los vuelve)

¡ya ves!... así que tengo que contentarme con merodear en casa y en los *five o cloks*... donde antes yo era solo un *bebensal*, porque me limitaba a beber lo que hubiera, y ahora trago.... es decir, se lo tragan mis bolsillos, cuanto encuentro a mi alcance para obsequiar a la pobre golosilla, que solo de ese modo saborea ya cosas exquisitas.

CRIADA Y cuando viene del colegio, donde las monjas siguen educándola, sin interés alguno, por cariño a la nena, que se gana el de todos, qué alegría la dá al ver las golosinas y cómo palmotea y salta como una cabritilla diciéndole a la señorita: «mira mamá, lo que ha traido Boby; ¡qué bueno es Boby, mamita!»

BOBY Y el pobre Boby atado de pies y manos.... ¡infecto, infecto! Yo necesito un sueldo a todo trance, es preciso que me busque un destino aunque sea en el negociado de calamidades públicas.... ¡seré una más, y en paz!

CRIADA ¡Llaman! Voy a abrir, serán las señoritas (sale).

BOBY ¡Esto es infecto, infecto!

ESCENA III

BOBY, JULIA y LUISA, correctamente vestida de luto riguroso.

LUISA Hola, Boby, ¿qué tal? ¿cómo es que no ha ido usted a la exposición?

BOBY Ya estuve ayer.

LUISA ¿Y qué le ha parecido?

BOBY Oh, ¡pasmosa!... ¡Se coge allí cada catarro!.....

JULIA Oh, sí que está *tres bien le Palais*. Los señores de Bellas Artes hacen bien los honores de su casa. Por todas partes flores, música, luz, mujeres *comme ill faut*... En la terraza yo me creo en Montecarlo. ¡Es un sueño!

BOBY Sí, ya hasta sueñas fuera. Pasas por ahí el día y luego vienes a casa un rato... de visita.

LUISA Pues yo me he mareado un poco. ¡Hacía tanto riempo que vivía alejada del bullicio del mundo!... Aquel ir y venir de las gentes, aquella orgía de luz y de colores en los lienzos y acuarelas, en las sombrillas y *toilettes*.... y en el cielo de alegre primavera; el zumbido de colmena de las conversaciones, la música, el rumor del agua de los surtidores y el de las risas, que a la vez se desgranan como lluvias de cristal, el frou-frou de las sedas, el abrir y cerrar de las sombrillas y el ruido que producen las sillas de hierro al ser arrastradas en la terraza,... y luego el tibio ambiente de primavera que huele a flores, a perfumes de mujeres distinguidas, al óleo y al barniz de los cuadros.... todo se me ha subido un poco a la cabeza.

JULIA Yo me figuro que te habrás convencido de cuanto yo te he dicho y que no seguirás viviendo en este oscurantismo. Tú tienes condiciones para brillar, para sobresalir... Oye, Boby, ¿sabes a quién he visto?

BOBY Si tú no me lo dices...

JULIA A Lulú... sí, a Lulú extasiada delante de un Cecilio Plá, y con una *toillette* de gran *cachet*. Oh, no me cabe duda. Paquín, Word o Doucet.

BOBY Los genios de los trapos.

JULIA ¡Que! ¡Eso también es arte!... Y con una gorrita con dos rosas bordadas... que estaban hablando.

BOBY ¡Pobre muchacha! Tenía mal arreglo. Con talento y belleza, pero sin dote, era un número incierto en la ruleta del matrimonio y ahora...puede ser que haga pleno, ¡infecto, infecto!

JULIA El caso es que ella va elegantísima y nadie la pregunta de dónde salen esas Misas.

BOBY Que me figuro no salen siempre de la sacristía. ¿Iba sola?

JULIA No. Ahora va casi siempre con un sobri-

nito huérfano que tuvo hace unos meses. ¡Y lleva la *bonne* con un lujo!...

BOBY Pues la hermana casada sale a dos chicos por año.

JULIA ¿Qué?

BOBY Sí, ¡gemelos!

JULIA ¿Y has visto el pobre Carlos? ¡Un éxito completo! ¡Primera medalla! ¡Qué cuadro más precioso! ¡Solitude!... Es tu retrato Luisa, no lo puede negar. El ha cubierto el rostro con un negro crespón, ¡pero es tan transparente! y luego la figura, el *elan*... ¡Oh, qué prueba de amor! Sin verte en tanto tiempo, tenerte tan presente. Estás allí como si tú le hubieras servido de modelo. Un poco idealizada, entre negros crespones... Dicen que aquellos velos flexibles, transparentes, son un prodigio de ejecución... Con aquel ramo de lirios en la mano... Tú has sido muy cruel para ese pobre chico. El día del funeral, cuando te pusiste mala al salir de la Iglesia y te ofreció su brazo, le rechazaste con una dureza...

BOBY Como a mí cuando quise buscarla un coche y a D. Juan que la ofrecía el suyo... eso ¿qué? Estaba allí su marido que tímidamente la dijo: «ahí está mi berlina... ¡si quisieras!» y Luisita aceptó en uso de su perfecto derecho.

JULIA Pero le dió también un buen chasco, porque cuando fué a subir tras ella, Luisa gritó bien enérgica... ¡yo sola! y... cerró la portezuela.

BOBY ¡Pobre Eduardo! Ya no puede ofrecer más coche que el de San Francisco. ¡Es infecto!

JULIA ¿De veras?

BOBY Lleva ya siete días durmiendo en los divanes del Casino, sin casa y sin hogar. La pájara voló con un *attaché* de la Embajada rusa y se llevó hasta la última pluma de aquel nido, dejando al pobre Eduardo como el gallo de Morón.

JULIA Pues hace poco él aún cacareaba.

BOBY Sí, pero creo arriesgó en una jugada de Bolsa las arrebañaduras de su ya muy

mermado capital... y fracasó. Y ahora está tan abatido, que el pobre me dá pena. Yo creo que acaba mal... y pronto. Anoche, al poner un billete sobre el tapete, me dijo, con acento que no puedo olvidar: «Es el último, Boby... ¡A vida o muerte! Porque no puedo sobrevivir a mi ruina total... y a mis remordimientos».

JULIA Eso se dice.

BOBY ¡Y alguna vez se hace! ¡Es infecto! Eduardo, en el fondo, es un corazón de oro, ¡naufraga, no lo dudes, en el mar de la vida! Si lo tuviera de corcho... ¡flotaría! Ea, yo dejo a ustedes; Luisita, adiós. *Au revoir*, hermanita. Voy al Casino. Tengo mucho que hacer. (Se dirige a la puerta del foro.)

JULIA (Yendo hacia él) Ah, mira. Haz el favor de pasar por el centro de suscripciones ¿sabes? y dí que con la Moda continúo, pero la Ilustración la dejo definitivamente.

ESCENA IV

LUISA y JULIA

(Pausa.)

JULIA (Acercándose a Luisa que durante el dialogo anterior ha permanecido sentada oyendo entristecida.) ¿Qué tienes? ¡Estás preocupada! ¿Piensas en Carlos?

LUISA No. Pienso en mi hija; en la fortuna que su desgraciado padre ha derrochado. ¡En su triste porvenir!

JULIA No hagas caso. ¡L'avenir! Es una cosa incierta. ¿A qué preocuparse de él? Solo él presente nos pertenece. ¡Gocemos de él! Oye, ¿por qué no pintas?

LUISA Porque no puedo. Yo no sé qué me ocurre desde que falta mi pobrecita madre. ¡No tengo inspiración! Otras veces, cogiendo la paleta, jugando con el color fluído y probando la elasticidad de la espátula, sentía grata sensación, precursora, casi siem-

pre, de la divina inspiración. Pero ¡ahora!... Mis dedos blandos, como de algodón, no sostienen el pincel, la imaginación está acorchada, ¡muerta!...., y hasta la vista parece que me falta. La misma necesidad de trabajar que se impone, mata la inspiración. El artista que lucha por la vida deja de ser un soñador, esclavo de una idea, para convertirse en vulgar mercader... Hay que luchar, hay que halagar el gusto del comprador...., (con amargura) ¡del comprador!.... ¡Ni aun eso tengo ya!

JULIA — Aquel Don Nicomedes tan generoso, al ver que no produces ya y al encontrar tu puerta casi siempre cerrada..., ¡se cansó! Pero ahí está D. Juan. Tampoco él regateará tus cuadros. Ha hecho un ofrecimiento brillantísimo a Carlos por el suyo, pero él no lo ha aceptado. ¡No te quiere vender!... ¡Oh, *quel amour!*

LUISA — ¡Por Dios, no digas eso!

JULIA — ¡Pero si es la verdad! ¿Tú no le viste esta mañana?

LUISA — No.

JULIA — Nos seguía a lo lejos. Ni una vez volví el rostro que no encontrase fija en tí su mirada... ¡Me dió pena! Aproveché el momento en que te distrajiste saludando a Mercedes, para decirle que viniese hoy aquí... y le he dicho a tu muchacha que le deje pasar....

LUISA — ¿Aquí?... ¡No has hecho bien! Yo no debo recibir.

JULIA — ¡Qué tontería! ¿Vas a pasar la vida como una ostra? Tú tienes que pintar, que oir autorizadas opiniones.

LUISA — Eso sí que es verdad. Arriba tengo un lienzo manchado hace ya no sé cuántos días y sin saber cómo continuarlo. Estoy torpe, indecisa...

JULIA — *Naturalmente.* Mira, yo entiendo poco de estas cosas, pero la gana de comer viene comiendo. Con tu duelo y tus penas te has dejado..., pero pinta, mujer, y si un día no sale, otro saldrá. *C'est vray.*

LUISA — (con desaliento) ¡Cá, no sale, no sale!

ESCENA V

DICHAS, LA CRIADA, que anuncia y se retira.

La criada (anunciando) ¡El señorito Carlos!

Julia Ea, os dejo.

Luisa ¿Te vas?.... ¿Qué prisa tienes?.... ¡No te vayas!

Julia Sí, hija. Seguramente subiréis al estudio, os pondréis a disertar sobre arte.... Y yo, aunque aficionada, en cuanto a teorías... *je m'en fiche, comme un poisson d'une pomme*. Estaría en ridículo entre vosotros dos. *Adieu, ma belle*... (besándola) No seas demasiado cruel.... ¡Ten caridad! (Sale. Luisa permanece un momento sola en escena y a poco entra Carlos precipitadamente).

ESCENA VI

LUISA y CARLOS

Carlos (corre hacia Luisa. Esta le tiende la mano y él la besa). ¡Luisa!.... ¡Oh, gracias, gracias! ¡Ya no podía más! ¡Tanto tiempo alejado de esta casa! Sin aire para mis pulmones, sin luz para mis ojos.... ¡No sé cómo he vivido!

Luisa Comprenda usted... , mi luto... , mi soledad.... Yo no debía....

Carlos Sí, pero ha sido cruel. Yo pasaba mil veces por aquí. Miraba a los balcones, tratando de adivinar qué hacía usted tras ellos. Alguna vez no pude resistir al impulso de subir la escalera y siempre me decían lo mismo.... No recibe... ¡está enferma!.... Un día en que ya mi impaciencia llegaba al paroxismo, mi pobre perro quiso seguirme como acostumbra y yo le amenacé con mi bastón. ¿Sabe usted lo que hizo? Se acostó bajo el palo y se puso a lamer la contera. Después poquito a poco

fué trepando y arrastrándose vino al fin a acostarse a mis pies, lamiéndolos con transportes de alegría. Su humildad, su cariño, me llenaron de lágrimas los ojos.... ¡Luisa! Soy para usted ese perrito fiel. Aquí estoy a sus pies (se arrodilla) pégueme, píseme, haga de mí lo que usted quiera, pero déjeme el derecho que tiene la amistad, de sufrir y llorar con el que llora y sufre. Es espantoso, Luisa, sufrir sin que comparta nuestra pena un corazón adicto. ¡Y usted sufre y usted llora.... aquí sola! ¡No, Luisa, no! Déjeme ser su hermano, su perro fiel, su amigo, que nada pide, que nada espera... ¡Que la quiere, que la venera!.... ¡¡que la ama!!

LUISA Carlos, ¡por Dios!

CARLOS Sí, ¿por qué no decirlo? ¿Qué importa que no diga esa palabra que me abrasa los labios, si a todas horas la está gritando mi alma?... ¡Que la ama!... ¡Pero que no la ofende con su amor!

LUISA Por Dios, Carlos, ¡levántese! ¡Si alguien viniera!...

CARLOS (Levantándose) Es cierto. ¡Perdón! No sé qué he hecho. Mi corazón iba a estallar. El torrente tanto tiempo contenido se desbordó impetuoso... No volverá a ocurrir. Yo la prometo ser dueño de mí siempre. Déjeme que la vea, déjeme que respire el aire que respira. Apóyese en mi brazo para subir el áspero sendero de la vida, el que para nosotros tal vez lleve a la gloria. ¡Ya lo ve! Su recuerdo me ha inspirado el cuadro «Solitude», tan elogiado. Esa primera medalla es tal vez la aurora del triunfo. Ya he recibido encargos que aseguran la vida material, y después lucharé por la gloria, y si llega a nimbar esta frente, la bajaré hasta el polvo que huellan esos pies y esa será la verdadera gloria para mí. ¡Oh, Luisa, Luisa!!

LUISA (rápida) Alguien viene... ¡Silencio!

ESCENA VII

DICHOS y BOBY, que entra apresuradamente por el foro.

BOBY ¡Luisa, Luisa! No hay tiempo que perder. Prepárese a una triste sorpresa.

LUISA ¿Eh? ¿Qué pasa?

BOBY (vacilante) Eduardo...

LUISA ¡Mi marido!

BOBY ¡Sí! El desgraciado Eduardo cumplió lo que ofrecía anoche. No ha podido soportar su ruina, sus remordimientos... ¡y se ha pegado un tiro!

LUISA ¡¡Muerto!!

BOBY No; mal herido. Fué en el Casino, de madrugada... ¿sabe? Le llevaron a la Casa de socorro. Yo, al saberlo ahora, fuí allí, donde aún permanecía por la mucha gravedad, pero... ¡ya le iban a llevar al hospital!... ¡Como no tiene casa el infeliz!... Luisa, perdone usted! Yo no sé si he hecho bien. Dije quién era y... que aquí, ¡la casa de su mujer! ¡La suya!...

CARLOS ¡Qué imprudencia!

BOBY (Sin oirlo, yendo al foro) ¡Ya suben!

LUISA ¡Dios mío, qué desgracia! (Carlos la coge una mano. Entran dos camilleros llevando una camilla, donde se supone va el herido. Entonces Luisa se desprende de Carlos y corre a la puerta lateral, cuyo portier levanta.) ¡Por aquí, por aquí! Suban ustedes. (Pasan la camilla y Luisa hace un movimiento como para seguirla. Carlos la detiene, volviendo a tomarla la mano. Ella se desprende y le señala la puerta del foro.) Corra usted, Carlos, vaya a buscar un médico enseguida. ¡Suba usted, Boby, al cuarto del torreón! Llame usted a la muchacha que le ayude.

BOBY Pero... ¿usted?...

(Luisa vacila otra vez. En este momento se cruza su mirada con la de Carlos, que al salir por el foro vuelve a ella los ojos suplicantes y contesta secamente a Boby.)

LUISA No... ¡yo no! (Sale Boby por la puerta que conduce al torreón y Luisa se sienta aplanada sollozando.) ¡Oh madre, madre mía!!
(Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración del primer acto. A la izquierda del espectador Luisa, sentada detrás de su caballete, pinta, dando *casi* el frente al público, para que no se vea el lienzo sino por detrás. A la derecha, sentado en una mesita, en la que habrá tazas, cafetera, bandeja con bizcochos, etc., desayunan Anita y Eduardo. El asiento de éste colocado frente a su mujer, a quien no pierde de vista. La niña en una silla alta, al otro lado de la mesa y casi de espaldas a Luisa, que a su tiempo vendrá a colocarse en el sitio que queda en la mesa entre Anita y Eduardo. La criada les sirve.

ESCENA PRIMERA

LUISA, ANITA, EDUARDO y criada

ANITA — Anda, papá, toma otro bizcochito.

EDUARDO — No, rica; ya no más.

ANITA — ¡Si están muy ricos! Mira, úntales mantequilla y tú me das a mí uno y yo a tí otro. ¿Quieres?

EDUAR. — (sonriendo) ¡Cómo no, nena mía! (Prepara dos bizcochos y se los da a la niña. Esta le pone uno en la boca y le mancha el bigote. Mientras Eduardo, vuelto a su mujer, dice:) Luisa, ¿no vienes a desayunar? El café va a estar frío.

LUISA — Voy enseguida. Solo dos pinceladas.

EDUAR. — (a la niña) ¡Ah, picarona!, ¡cómo me has puesto de manteca el bigote!

ANITA — (riendo y palmoteando) Así pareces viejo como D. Juan.

EDUAR. ¿Y acaso no soy viejo?

ANITA No, papaito; tú eres joven y guapo.

EDUAR. ¿Te parezco a tí guapo, vida mía?

ANITA ¡Vaya! ¿verdad que es guapo papaito, mamá? ¡Tan guapo como Carlos!

(Luisa que durante este diálogo ha dejado pinceles y paleta y se ha quitado el gran delantal de lienzo con que cubre su traje de luto, doblándolo y colocándolo en el respaldo de la silla de pintar, viene a sentarse entre Eduardo y la niña, frente al público. Eduardo la sirve.)

LUISA No pongas tanta leche.

ANITA ¿Te echo el azúcar yo?

LUISA (con gran ternura que contrasta con el tono fino pero frío que emplea al contestar a Eduardo) Lo que tú quieras, tesoro mío.

ANITA ¿Más?

LUISA No tanto, no, por Dios, que no soy tan golosa como tú. (bebe el café)

EDUAR. ¿Pero no tomas un bizcocho siquiera?

LUISA Gracias. No tengo gana.

EDUAR. Pero eso no es desayunar, ni es nada. Comes muy poco, Luisa.

ANITA Anda mamina, ¿quieres que te lo dé yo como a papá?

LUISA No, rica; que me pondrías bigotes de manteca y estaría muy fea.

(Se levanta y mientras la criada recoge el servicio, Luisa ayuda a la niña a bajar de la silla, la quita el delantal, la compone el peinado y va a coger el abriguito y sombrero de la niña, mientras ésta corre a su padre)

ANITA ¿No fumas hoy, papá? ¿Quieres que yo te encienda el cigarrillo?

EDUAR. No, hermosa. Ya no fumo. Desde hoy se acabó el vicio.

LUISA (con alguna ironía, mientras pone a la niña el abrigo y sombrero) ¿Vas a hacerte virtuoso?

EDUAR ¿Qué tendría de extraño viviendo en este ambiente de virtud? ¡Todo se pega!

LUISA ¡Menos la hermosura!

ANITA Adiós, papaito. Adiós, mamá (los besa)

LUISA (desde la puerta del foro, a la criada que sale con la niña) ¡Cuidado con los coches! Tápate la boquita, cielo mío.

ESCENA II

LUISA y EDUARDO

(Luisa vuelve otra vez a su caballete, se pone el delantal y pinta. Eduardo sigue sentado en frente y lee un periódico, mejor dicho, hace que lee, y casi oculto por el papel mira a su mujer sin que ésta lo note. Luisa no vuelve a él los ojos ni una sola vez, *absorta* en su trabajo. Pausa larga a discreción de los actores.)

EDUAR. (con timidez y acento algo suplicante) ¡Luisa, trabajas mucho!

LUISA (siempre fría) Es preciso.

EDUAR. (con tristeza) ¡Es verdad! ¡Es preciso! Y más ahora que hace un mes he venido a ser una nueva carga para tí.

LUISA (rápida) ¡No, eso no! ¡Carga no! No digas eso.

EDUAR. Sí. Muchas veces me pesa que no fuese derecha al corazón aquella bala.

LUISA ¡Sí que sería cómodo! Apurar la vida mientras se goza y cuando ya no quedan más que heces en el cáliz, arrojarla al abismo como un harapo inútil y que la muerte acuda dócilmente a nuestro llamamiento, como un criado al sonido de un timbre.

EDUAR. Tienes razón, que hasta ahí llegó mi soberbia: ¡querer tener hasta la misma muerte sujeta a mi mandato!... ¡Pero, no! Dios es bueno y me dejó vivir ¡a mí, rebelde hasta El! para que comprendiera cuánto vale lo que por culpa mía perdí, y supiera cuánto te debo a tí ¡santa mujer! que has conservado en el corazón puro de nuestra hija un rinconcito para mí. Yo arrojaba, en efecto, a la honda sima de mis vicios ~~el inútil~~ harapo de mi vida, pero tu caridad lo recogió y tuya es y de mi hija, puesto que tú la has conservado y ese ángel la ilumina. Como de las lavas del Vesubio brotan las viñas cargadas de racimos dulcísimos, del hirviente volcán de mis pasiones desbor-

dadas, que me arrastraron, como a la hoja del árbol caida en un torrente, hasta el abismo del suicidio, brota ahora el dulcísimo fruto del amor de mi hija. No lo merezco, pero a él me acojo; es mi refugio y puesto que lo tengo, gracias a tí, le quiero conservar... pero, de lejos.

LUISA ¿Qué dices?

EDUAR. Sí, Luisa. Yo no puedo continuar ni un día más aquí. ¡Quién sabe lo que tú misma juzgarías de mi! El amor todo lo autoriza, y si yo fuese amado no sería tan humillante para mí la limosna que me avergüenza recibir de tu caridad. Pero el amor ha muerto en tí.

LUISA Dices mal, no es que ha muerto, es que lo asesinaste.

EDUAR. No lo discuto y acepto mi expiación. En mi actual situación no puedo preguntar ¡ni aun a mí mismo! Si algún día otro Lázaro... ¡Oh! déjame llevar esa esperanza y la de que algún día, por lejano que esté, podrá ser útil mi protección a mi hija. Después de cometida la falta, da el remordimiento poderoso relieve a las razones, que antes de cometerla juzga la pasión débiles e irrisorias. Si antes, por una apuesta, por derrocar a un petulante, que se creía insustituíble en la posesión de una mujer... *de todo el mundo*, hice la felonía..., ¡felonía, sí!, de dejarte, con nuestra pobre nena agarrada a tu pecho, hoy veo claro que mi deber era ser protector de vuestra inocente debilidad. Poco importa deplorar las faltas si no se trata de remediarlas. Acaso es tiempo aún y debo de intentarlo. Gracias a tus caritativos cuidados, ya estoy bien. D. Juan, que tiene extensas plantaciones en Cuba y en Fernando Póo, me cede a plazos, en ventajosas condiciones, una finca, que yo voy a explotar. Puedo pagarle el primer plazo, gracias a cantidades que en el Casino me debían y el buen Boby se encargó de cobrar. Hoy firmamos la escritura y hoy mismo partiré.

LUISA Pero aquel clima ¿no te podrá perjudicar?
EDUAR. ¿Te interesa?
LUISA (con mayor frialdad) Eres el padre de Anita; no lo olvides. Yo tampoco lo olvido.
EDUAR. Es verdad. Por esa criatura angelical a quien dimos la vida, te has creído en el deber de defender la mía.... por ella y para ella la conservaré.

ESCENA III

DICHOS y D. NICOMEDES

D. NIC. ¿Se puede?
EDUAR. Adelante, Sr. D Nicomedes.
LUISA (levantándose y dejando de pintar) Viene V. a avergonzarme. Le ofrecí que hoy podría llevarse el cuadro y.... en efecto, estará antes de una hora... (sonriendo) pero no seco.
D. NIC. Bueno. No se amohine. Lo esensial es que esté.
LUISA Y casi no quisiera que lo viera V. ahora. Estos últimos toques son el todo y...
D. NIC. No, si yo no vengo presisamente a eso, pero puesto que está, yo mandaré a recogerlo y ahora mismo la entregaré su importe.
LUISA Por Dios, D. Nicomedes, «paga adelantada, paga viciosa». (sonriendo)
D. NIC. No, si está casi concluído, ya no es adelantada. Cuente V. (dándola unos billetes)
LUISA No me ofenda. (los toma y guarda) Mil gracias.
D. NIC. Y ahora estoy a sus órdenes, D. Eduardo.
EDUAR. Yo a las suyas, ya que tan bondadosamente se presta a servir de testigo en la escritura.
D. NIC. Un bonito negosio para V. Conosco la finca. Tuve ocasión de verla en un viaje que hice en busca de un Greco, y vale bien el doble de lo que usted dá. Y luego..... fasilidades para el pago.

EDUAR. Sí, D. Juan es generoso y yo debo de estarle agradecido.

D. NIC. D. Juan no sacaba a la finca más que la renta que le daba el colono, pero usted, como ingeniero agrónomo que es, puede explotarla por su cuenta y ya será otra cosa.

EDUAR. Ese es mi pensamiento.

D. NIC. Como el ojo del amo engorda el caballo, y más si el ojo es tan inteligente, a vuelta de unos años ...., ¡pocos, muy pocos!, habrá hecho un buen dote a la pubilla.

EDUAR. De eso trato; es mi sueño.

ESCENA IV

DICHOS y JULIA

JULIA (desde dentro) ¡Luisa!

LUISA (acudiendo al foro) ¡Qué!

JULIA ¿Estás ahí? (entrando) *Bonjour ma belle* (la besa) Felices, Sr. D. Nicomedes. ¿Y tu marido? (Eduardo que al llegar Julia ha entrado en su cuarto, al que se supone da acceso la puerta lateral, sale en aquel momento con sombrero y bastón en mano).

EDUAR. (que ha oído la pregunta de Julia) ¡A sus pies!

JULIA ¿Van a salir?

EDUAR. Solo un momento. Vamos cerca. ¡Hasta luego!

D. NIC. Hasta luego, señoras (despidiéndose).

LUISA Adiós (ídem).

JULIA *Au revoir* (ídem. Salen Eduardo y D. Nicomedes).

ESCENA V

JULIA y LUISA y luego la CRIADA

JULIA Qué bien hiciste en seguir mi consejo de escribir a D. Nicomedes. Es un estrafalario, pero seguramente no encuentras un marchante mejor para tus cuadros.... ¡Como no sea D. Juan!

LUISA Tienes razón. Yo te agradezco mucho ese interés, esa solicitud. Yo soy tan indecisa, tan débil, tan.... Y vamos con tus flores. ¿No es verdad?

JULIA No, *ma belle*. Hoy no pinto. Vengo de embajadora. D. Juan está abajo en mi casa, esperando que salga tu marido, porque antes de firmar la escritura de venta de una finca que creo le compra Eduardo, tiene que hacerte entrega de algo que te pertenece, por haberlo incluído en la venta, pero que siendo cosa tuya *personalísima*, quiere entregarte a tí. ¡A tí sola! ¿Comprendes?

LUISA ¡Cosa más rara!... No sé qué hacer... ¿Le diremos que suba?

JULIA ¡Es claro! (Luisa toca el timbre.)

LUISA ¿Y tú no sabes?...

JULIA *Rien de tout.* Ni una palabra. (Entra la criada.)

LUISA A don Juan, que está en casa de los señores de Páez, dígale usted que tenga la bondad de subir. (Sale la criada.)

JULIA ¿Conque se va Eduardo?

LUISA Así parece.

JULIA Te doy la enhorabuena. Me figuro que ya te aburriría.

LUISA ¿Por qué?

JULIA Porque los maridos aburren siempre. *Es su drole.* Y eso que yo del mío no me puedo quejar. Diputado liberal, consecuente con sus ideas, concede a su mujer la autonomía y hasta el derecho al *flirt*... seguro de que de ahí no he de pasar. Mis amores *teóricos* no le asustan, y se ríe conmigo de algún amante *in partibus*, que sólo sirve para romper la monotonía del duo conyugal. Pero... aquí está D. Juan.

ESCENA VI

DICHAS y D. JUAN.

D. JUAN (entrando) Mil gracias, Luisa, por haber accedido a mi ruego. Desde la muerte de mi excelente amiga D.ª Ana, no logré ver a

usted más que a la cabecera de mi no menos excelente amigo Eduardo.

LUISA ¡Oh, D. Juan! Esa rareza mía no debe ofenderle. Mi luto, mis pesares, me hacían desear el aislamiento. Además, usted sabe que la pobre mamá no me consintió nunca recibir en su ausencia a caballeros, y me parecía desobediencia y falta de respeto a su memoria alterar las costumbres de su casa.

D. JUAN Yo respeto... pero antes que se firme la escritura y yo dé posesión a su marido de la finca que le vendo, quería entregar a V. esto (le da un cofrecillo) que yo incluyo en su precio, y que desde ahora mismo la pertenece, digo mal, no dejó nunca de pertenecerla.

LUISA (abriendo la caja) ¡Don Juan!... ¡Dios mío! ¡Las joyas de mi madre!

D. JUAN De su madre, a quien yo tanto quería y respetaba.

LUISA Pero, ¿cómo?...

D. JUAN No me pregunte usted. El afecto encuentra siempre medios... Yo no podía consentir que fuesen a otras manos recuerdos tan valiosos, por la veneración que me inspira la memoria de aquella santa amiga..... ¡y por usted!

LUISA ¡Oh, qué bueno es usted! (tendiéndole la mano) ¡Gracias, mil gracias!... ¿Cómo podré pagar?...

D JUAN Su valor, que no es mucho, materialmente hablando, ya la he dicho que está incluído en el precio de la finca que hoy vendo. Del valor afectivo, con ser tanto, (muy insinuante) este apretón de manos suyo es para mí sobrada recompensa. ¡Adiós, Luisa! Su marido me espera para firmar; ¿podré volver con él?

LUISA ¿Cómo no, amigo mío? Esta casa es muy suya. Gracias de nuevo, gracias, y hasta luego.

D JUAN Adiós, Julita.

JULIA No; yo bajo con usted. (Besando a Luisa) Tienes el monopolio de la aljaba. ¡Qué prue-

bas de cariño recibes! Y hay quien dice que el corazón de la mujer abandonada es un depósito de pólvora, y que la más pequeña chispa produce la catástrofe. Pues el tuyo resiste unos incendios... (Salen por el foro.)

ESCENA VII

LUISA.

Luisa queda un buen rato contemplando las joyas; saca alguna del cofrecillo, la besa con ternura y vuelve a colocarlas en él; lo cierra y luego abre un arcón, bureau o cualquier otro mueble, guarda allí el cofrecillo, se seca los ojos con un pañuelo y volviendo lentamente al caballete, se pone a pintar. Escena muda que se encomienda al talento de la actriz.

ESCENA VIII

DICHA y CARLOS.

CARLOS (entrando) ¿Sola?
LUISA Sí.
CARLOS ¿Salió Eduardo?
LUISA A preparar su viaje.
CARLOS ¿Se va? ¿Dónde?
LUISA No sé. Creo que a Cuba.
CARLOS ¡Hace muy bien! (Pausa.) ¿Está usted triste?
LUISA ¿Yo? ¡Como siempre!
CARLOS (acercándose) No, Luisa. (Amargamente) Hay en su linda cara, que hoy parece fresca fruta cuajada de rocío, huellas de bien reciente llanto. ¡No lo niegue!
LUISA ¡Si yo no niego!... ¡Lloro tantas veces!
CARLOS (acercándose aún más) ¿Y el lienzo?... ¡Ha adelantado mucho!
LUISA Pero... ¿está bien?
CARLOS No del todo... Si usted me lo permite... (haciendo ademán de tomarle el pincel.)
LUISA (dándole el pincel sin dejar su asiento) Sí, sí, corrija usted.

CARLOS (da unos toques tomando los colores de la paleta que tiene Luisa en la mano) Aquí un poco de siena... aquí cobalto... ¡Vea usted el efecto!

LUISA Es verdad. ¡Si no sé lo que tengo! ¡No doy con el color!

CARLOS Es que el arte, Luisita, es amante celoso. Hay que vivir para él exclusivamente y usted ahora no se pertenece; es usted la señora casada, atenta a los deberes conyugales...

LUISA (malhumorada) Bueno; no siga usted. Diga usted francamente que no le gusta lo que pinto.

CARLOS Eso no, usted pinta muy bien. Pero es incompatible... ¡Vea usted! Así, poquito a poco, la montaña se envuelve en las nubes, como una Virgen en cendales de gasa. Ahora un toque de luz. Estaba muy sombrío.

LUISA Es cierto. Ya parece otra cosa (echándose atrás para ver el efecto, apoya, sin darse cuenta, la cabeza en el hombro de Carlos. Este se aproxima cada vez más, hasta ceñirla la cintura con el brazo izquierdo, mientras pinta con el derecho).

CARLOS ¡Así! ¿Ve usted? La luz penetra poco a poco las flores y las almas y a su amoroso rayo todo se reanima, se transforma.... ¡renace! La montaña herida por el sol, tras de la lluvia, parece ahora una bayadera que envuelve el cuerpo esbelto en una red cuajada de perlas y diamantes. Es la luz, el amor, que como gasa blanca y transparente, al flotar sobre las cosas bellas las embellece más, y al caer sobre las feas, encubre sus defectos. En cambio, la prosa de la vida, sobre todo la prosa del matrimonio, Luisa, es niebla que sube de un pantano, desdibuja la línea, borra las tonalidades y lo hace todo gris, que es color de tristeza y de monotonía. Luisa... ¡adorada Luisa!, Federico Amiel dice que el paisaje es un estado de alma. Este paisaje dice cuál es el de las nuestras. Son amor y arte dos hermanos mellizos, y es el amor quien guía mi pincel... ¡el amor!... ¡tu amor, Luisa!...

ESCENA IX

DICHOS y ANITA, que entra aturdidamente y corre a abrazar a su madre.

ANITA ¡Mamá, mamina!

LUISA (que ha oído embelesada y soñadora el parlamento de Carlos, al oir la voz de su hija se levanta rápida y le rechaza) Nena mía... ¡ángel mío!

ANITA Baja, mamina, baja pronto, verás que corderito blanco más precioso me ha traido Boby... ¡vivo!... ¡Es un cordero, vivo, mamaita! Blanco como la nieve y con un lazo rosa, ¡baja pronto! Ya verás qué precioso... ¡Ay! pero si está ahí Carlos... ¡Si no te había visto!... ¡Como estabas detrás del cuadro!... ¿Te escondías?... ¿por qué?

CARLOS (con disimulado enojo) No, nena, no... ¡pintaba!

ANITA Anda, mamina. Carlos es de confianza (tirando a Luisa de la mano) ¡baja pronto!

LUISA Sí, ya voy, sí, sí... ¡vamos! (al salir se cruzan en el foro con Boby que entra).

ESCENA X

DICHOS y BOBY

BOBY (desde la puerta a la nena, que se supone baja la escalera corriendo delante de su madre) Loquilla, corre, corre. Tu cordero pascual se impacienta sin tí.

LUISA (al salir) Gracias, Boby. ¡Cuánto la mima usted!

BOBY Se lo merece. (adelantándose) ¡Carlos! Hombre me alegro mucho de hallarte aquí. Aún no había tenido ocasión de verte para darte mi enhorabuena por tu 1.ª medalla. ¡Ha sido un éxito!

CARLOS (secamente) Mil gracias.

BOBY ¿Qué te pasa, chico? Te veo más serio que un pájaro frito. ¿Estas preocupado?

CARLOS No: moralmente rendido. Tú no sabes lo que es ir a un Concurso.

BOBY ¡Sí, hombre, sí!... ¿de acreedores? ¡Pues no lo he de saber!... ¡infecto, ¡infecto!

CARLOS Tú siempre estás de broma. ¡Eres feliz!

BOBY (momentáneamente entristecido) Ca, chico, no lo creas, que tiro de la vida como de un carro cargado de piedras... y el borriquillo se va cansando ya... (cambiando de tono) *La vie est un oignon qu'on epluche en pleurant...* (1) como dijo yo no sé qué poeta.

CARLOS A ver si se te ocurre hacer lo que Eduardo.

BOBY ¡Hombre, no es para tanto!

CARLOS (con rabia reconcentrada) ¡Si yo sé la noticia la noche que ocurrió!...

BOBY (con su habitual ligereza) Yo la supe el día antes.

CARLOS ¿Cómo?

BOBY Sí, porque Eduardo lo anunció en el Casino y yo me lo creí. Así que, cuando fuí la mañana siguiente, y me dijeron lo que había ocurrido poco antes, no me sorprendió. Corrí a la casa de socorro, donde acababan de extraerle la bala..... y me lo traje aquí.

CARLOS Tu camisa debe tener más de las once varas.

BOBY ¿Por qué?

CARLOS No, no; por nada!

BOBY ¡Cuando digo que tú estás contrariado! Y debías estar satisfechísimo. D. Juan, el ex-gobernador, ex-diputado y ex-plotador, me ha dicho que te ofrece un dineral por tu cuadro «Solitude» y que tú....

CARLOS (impetuoso) ¿Pero tiene valor para hablar aún de eso?..

BOBY ¡Valor.... valor!.... Como no sea del Estado... yo creo que ni para un duelo a primer almuerzo... ¡Oye! ¿pero de veras no lo vendes?

CARLOS ¡No!

BOBY También D. Nicomedes... con cuya bolsa

---

(1) La vida es una cebolla que se pela llorando.

creo que *ni comedes, ni cenades* los artistas.... Menos Luisa, ¡esa, sí!

CARLOS — Mira, no me hables de eso. Ese D. Nicomedes no ha sido nunca santo de mi devoción.

BOBY — ¿San Nicomedes? Pues yo creía que en el calendario de los artistas ese santo caía, por lo menos, una vez por semana. Todas vuestras primeras medallas no son ni siquiera un mendrugo para la alforja de Sancho, sino, si acaso, cintas para el yelmo de Mambrino.

CARLOS — Boby, ¡qué feliz eres!... ¿Tú no has querido nunca?

BOBY — ¿Yo?... ¡no, chico! No he arrancado a la pava ni siquiera una pluma. Todos los géneros se han encarecido... incluso el femenino, y mi bolsillo está diáfano... ¡mira! (volviéndolos)

CARLOS — Bueno; pues yo no puedo más. ¡Estoy enamorado, loco!

BOBY — Eso se sabe ya hasta en las trincheras. (serio) Pero creo que debes variar de rumbo.

CARLOS — ¿Por qué?

BOBY — Porque hoy va a venir gente y aunque aquí seas *íntimo*, no creo quieras hacer los *deshonores* de la casa.

CARLOS — Boby, te juro que nadie la respeta como yo.

BOBY — Pues el respeto, en este caso, da una sola voz de mando... *¡ahuequen!*

CARLOS — Eso es fácil decirlo cuando nada se siente.

BOBY — (serio) ¡Y hacerlo aunque se sienta! Lo que ocurre es que cuando se derrumba un palacio hace gran ruido y el polvo de los escombros llega al cielo, pero cae una choza.... y nadie se apercibe. Aquí amenaza ruina una catedral, ¿sabes? y... (cambiando de tono).... ¡no hay que *arrempujar!*

CARLOS — (receloso) ¿Y eres tú, Boby, llamado a apuntalarla?

BOBY — Yo no, ¡pobre de mí! Alguien dijo una vez que mi cuerpo iba en auto y mi espíritu en carreta.... Será mi inteligencia, que es cosa muy distinta, pero el alma vuela en aeroplano, y desde las alturas se abarca de

una ojeada lo que pasa en la tierra. Por eso, desde encima de las nubes, yo veo la borrasca que corre tu corazón, y porque soy tu amigo verdadero, te digo «vete, Carlos, no vuelvas más y olvida. Campo y bien grande tienes donde espigar amores».

CARLOS Boby, es el corazón un espejo donde se refleja la naturaleza del terreno, donde se desarrolla y educa. Yo, nacido entre rocas, soy como ellas, inconmovible; y mi amor, como la hiedra, muere allí donde se agarra. Además, ¿qué ley manda que estruje un corazón y que lo sacrifique al que antes pisoteó la ley?

BOBY ¡El deber!

CARLOS El deber de los tiempos de Maricastaña. No, Boby; en nuestros días marido y mujer son dos buenos camaradas, con iguales derechos. Si uno abandona al otro, le da la autonomía para que use ampliamente de su libertad. ¿Qué ley absurda es esa que ata perpétuamente un alma a otra que ya cortó los lazos que a ella la unían, como ataban los tiranos antiguos al reo lleno de vida, a un cadáver, hasta hacerlo morir? El juramento mutuamente prestado fué quebrantado ya; el lazo que unió esos dos corazones, roto por la libérrima voluntad del más fuerte ¿va a atar ahora solamente al más débil, convertido para él en dogal?

BOBY Pero....

CARLOS Yo pude refrenar mi pasión mientras era yo solo el sacrificado, pero ¿con qué derecho imponer el sacrificio a quien ansiamos solo ver feliz?

BOBY ¿Ella te ha dicho?...

CARLOS No. Pero me siento amado y no hay humana fuerza que me obligue a arrancar este amor de mis entrañas, en el momento en que empieza a brillar para mí el sol de la felicidad.

ESCENA XI

DICHOS, EDUARDO, D. JUAN y D. NICOMEDES.

EDUAR. ¡Oh, amigos, tanto gusto! Mucho hubiera sentido tener que marchar sin estrecharles la mano.

BOBY Según eso, ¿es cosa hecha?

D. JUAN (sin poder disimular su alegría) Sí; firmada la escritura, Eduardo sale esta noche en el tren de las 20'45.

BOBY ¡Demonio! ¿20 y 45? = 65... Yo necesito una tabla de logaritmos para saber a qué hora sale el tren.

CARLOS ¿Tan pronto? Yo creía que...

EDUAR. Podía retrasar un par de días mi viaje, porque aún faltan tres para la salida del trasatlántico, pero... prefiero pasar dos días en Cádiz y ultimar allí arreglos de viaje.

BOBY Pero esos días menos estará usted al lado de Luisa y de la nena.

EDUAR. ¡Los malos tragos, pasarlos pronto! Una vez decidido el viaje, mi estancia aquí iba a ser muy violenta y muy triste... ¡Es preciso arrancar!... Con permiso de ustedes voy un momento ahí dentro a preparar...

D. JUAN Sí, sí, nosotros le esperamos (sale Eduardo por la lateral) No le dejamos ya hasta que esté en el tren. Es cosa convenida. Vengan ustedes a comer con nosotros, Carlos y Boby.

CARLOS A mí me es imposible.

BOBY Por mi parte, aceptado y muy agradecido.

D. JUAN Comeremos en el Casino, y luego...

BOBY En el Casino no, ¡por Dios, D. Juan! Tiene malos recuerdos para el pobre Eduardo.

D. JUAN Bueno; pues donde él quiera, y luego al tren a despedirle todos. ¿Acordado?

ESCENA XII

DICHOS, LUISA, JULIA y ANITA, por el foro.

LUISA (a D. Juan) ¿Ya de vuelta, mi buen amigo? Han terminado pronto.

D. JUAN Vive cerca el Notario. Anita, ¡estás muy alta! ¿Ya no te acuerdas de tu viejo amigo?

LUISA ¡El mejor amigo de tu abuelita y mío!

ANITA Pues entonces también el mío, ¿no? (le tiende la manita. En aquel momento sale Eduardo de su cuarto en traje de camino y con un maletín en la mano y Anita se lanza a él.) ¡Papá!.... ¿Te vas, papá? ¿Dónde vas, papaito?

BOBY ¡Muy lejos, nena! Al otro mundo, ¿sabes?

ANITA ¡No, papá! ¡Dí que no! Tú no te vas; tú no querrás que tu nenita llore, ¿verdad que no, papá?

EDUAR. (muy emocionado) No, nena, no. Si son bromas de Boby. Vuelvo enseguida. (se acerca a Luisa mientras Boby y Anita hablan a un lado de la escena) Luisa, llevo de tí un recuerdo luminoso como esos faros cuya luz no se extingue. El iluminará mi triste vida, que es toda tuya porque a tí te la debo. Adiós, Luisa. ¡Perdón ya para mí! Eterna gratitud para tí, mas que por haberme conservado la vida, por haberme devuelto con ella la razón, y sobre todo el cariño de mi hija. Adiós, Luisa ¡tu mano!... ¡Adiós!

LUISA (dándole la mano) Adiós, Eduardo. (se reune Eduardo al grupo que forman todos, y Carlos, que ha estado observando y dando muestras de impaciente afán, se acerca a Luisa)

JULIA *C'est donc fait, mon Dieu.* (dando la mano a Eduardo) Buen viaje, Eduardo. Yo no iría a Ultramar ni por la bendición Apostólica.

EDUAR. (a D. Juan) A usted, amigo mío, que tantas pruebas nos da de su amistad leal, confío la paternal pretección de esa hija mía adorada y de su madre.

D. JUAN Oh, vaya usted tranquilo. Yo fuí el mejor amigo de D.ª Ana y su recuerdo solo sería

suficiente para obligarme. Ahora que usted me honra con su confianza, con más motivo...

JULIA. — Si; D. Juan, Carlos y yo velaremos por Luisa. (se acerca a Luisa)

(Eduardo tiende a todos la mano. Anita, al ver la despedida, deja a Boby y salta al cuello de su padre)

D. NIC. — (tratando de desasirla) Apa, nena.

ANITA. — ¡Papaito, no quiero que te vayas! ¡Yo no quiero quedarme como antes, otra vez, sin papá!

D. JUAN. — Pero si no te quedas; si vamos solo a comer al campo, ¡tonta!

ANITA. — ¡Y yo contigo! ¡llévame papaíto!

JULIA. — (a Luisa, que desfallece por momentos) ¿Qué te pasa, mujer? (La toma una mano y Carlos otra)

CARLOS. — (con ansiedad) ¡Luisa... ¡se pone mala! Luisa, Luisa, ¡soy yo! ¡Carlos!

ANITA. — ¡Mamina! (sin soltar a su padre) ¡No dejes que se vaya mi papá! ¡no, no, no! No te suelto, papaíto, llévame!

EDUAR. — Anita, ¡déjame, vida mía! Si vuelvo, si me voy.....

ANITA. — ¡Conmigo!

LUISA. — (Que estrechada por Carlos ha estado a punto de desmayarse en sus brazos, de pronto reacciona a la voz de su hija, y desprendiéndose de él y de Julia, corre a abrazarse a su marido, gritando:) ¡Con nosotras, Eduardo!

EDUAR. — ¡Luisa mía!...

(Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

